Escenas Matritenses.

LA POSADA

ó

ESPAÑA EN MADRID.

«La patria mas natural
es aquella que recibe
con amor al forastero;
que si todos cuantos viven
son de la vida correos,
la posada donde asisten
con mas agasajo, es patria
mas digna de que se estime.»

EL MARIZTAO TIRSO DE MOLINA.

I.

No hace muchas semanas que en el Diario de Madrid y su penúltima página, en aquella parte destinada á las habitaciones, nodrizas, viudas *de circunstancias*, y demas objetos de alquiler, se leia uno, dos, y hasta tres dias consecutivos el siguiente anuncio:

«Se traspasa la Posada número de la Calle de Toledo, »con todos los enseres correspondientes. Es establecimien»to conocido hace mas de cien años bajo el nombre del »*Parador de la Higuera*. Su parroquia se estiende mas allá »de los puertos, y sirve de posada á los ordinarios mas fa»mosos de nuestras provincias. En cuanto á instruccion »sobre precio y condiciones, el mozo de paja y cebada »dará uno y otro á quien le convenga; teniendo entendi»do que el miércoles 9 del corriente, á las 10 de la »mañana se adjudicará al mejor postor.»

No fue menester mas que estas cuatro líneas para que todos los tragineros y especuladores provinciales, estantes y transeuntes, que de ordinario asisten en esta muy heróica villa, acudiesen al reclamo en el dia y hora señalados, como si llamados fueran á son de campana comunal.

Y el caso, á decir verdad, no era para menos. Tratábase (como quien nada dice) de aprovechar la mas bella ocasion de echar los cimientos á una sólida fortuna, de arraigar en un suelo fructífero y sazonado, de continuar una historia y fama seculares, y dar á conocer á la corte y á la villa, á las provincias de aquende y allende puertos, que el famoso parador de *la Higuera* habia variado de dueño, y lo que el pais podia esperar de su nueva administracion.

Nacia tan importante como súbita variacion, de un suceso de aquellos grandes, y para siempre memorables, que marcan la historia de los imperios y de las posadas; y este suceso que iba á formar época en la del establecimiento que hoy nos ocupa, era la abdicacion espontánea y expresa del *tio Cabezal* II, anciano venerable de los buenos tiempos, hijo y sucesor de *Cabezal* I, fundador que fue del parador de la Trinidad en los arranques del puerto de Guadarrama; ascendido despues á uno de los centrales de la carretera de Andalucía, en el Real sitio de Aranjuez, y dueño en fin hasta su muerte del gran parador de *la Higuera*, cuya sucesion transmitió naturalmente á su hijo primogénito, el mismo que hoy fijaba sobre sí la atencion de la posteridad por su espontánea y magnánima resolucion.

No era esta hija de un momento de irreflexion ni de un capricho pasagero, como es de suponerse, sabiendo que nuestro tio Cabezal frisaba ya en los ochenta eneros, y podia alcanzar todo el grado de madurez de que era capaz su organizacion cerebral. Pero hay sucesos en la vida que dan orígen á aquellas peripecias que marcan sus diversas fases, y hay objetos, que por separados que aparezcan entre sí, mantienen con nuestro espíritu cierta oculta relacion que una grave circunstancia viene tal vez á descubrir. Aquel suceso, pues, y aquel objeto, ligados tan estrecha é indisolublemente con el ánimo del tio Cabezal, era la muerte del *Endino*, soberbio macho, natural de Villatobas, que prematuramente y á los treinta y siete años de su edad, habia dejado de existir, privando de su motor agente é inteligente á la noria del parador; porque conviene á saber, que el parador tenia noria, en uno como patio, que en los tiempos atrás sirvió de huerta, de que aun se conserva una higuera, por donde le vino el nombre al establecimiento.

En esta circunstancia desgraciada, en esta muerte natural, *lógica*, y consiguiente, que cualquiera hubiera tomado por su punto de vista material, vió nuestro Cabezal esplicado el fin de una emblemática parábola, que de largos años atrás gustaba esplicar á sus comensales; á saber: que la noria era su posada; el macho su persona; los arcaduces los trajineros que venian á verter en su regazo el fruto de sus acarreos; y que en el punto y hora en que el macho dejase de existir, la noria dejaría de dar vueltas, el agua de llenar los arcaduces, el pilon de recibir su manantial. Y llegaba á tal estremo su supersticiosa creencia, y de tal suerte creia identificada su existencia con la existencia del macho, que le mimaba y bendecia con mas celo que el hechizado D. Claudio á su *lámpara descomunal*; y faltó poco para que realizando su profecía le ahogase su dolor á la primera nueva de la muerte de su compañero. El ánima, empero, resistió á tan violenta comparacion, y pudo sobrevivir á aquel terrible impulso de pesar; pero agotadas por él todas las fuerzas de la resistencia, cortó las alas al alvedrío, y dejó al infeliz Cabezal condenado á vegetar estérilmente y sin amor á la gloria, ni esperanza en el porvenir. Esta fue la razon, porque desengañado del mundo, determinó poner un término á sus negocios, y dejar las riendas de aquel gobierno á manos mas ágiles y bien templadas.

II.

A misa mayor repicaban las campanas de San Millan, cuando por la calle abajo de Toledo, entre el tráfago de carromatos y calesas, trajineros y paseantes, veíanse adelantar agitadamente y con rostros meditabundos, reveladores de una preocupacion mental mas ó menos profunda, diferentes figuras, cuyos trages y modales daban luego á conocer su diversa procedencia. Y puesto que la relacion haya de padecer algun estravio, no podemos dispensarnos de hacer tal cual ligero rasguño de las principales de aquellas figuras, siquiera no sea mas que por poner al lector en conocimiento de los personages de la escena, dándole de paso alguna indicacion sobre las diversas inclinaciones y peculiar modo de vivir de los naturales de nuestras provincias en este emporio central de nuestra España, á donde vienen á concurrir en busca de mas próvida fortuna.

El primero que llegó al lugar de la cita fue, si mal no recordamos, el Sr. *Juan de Manzanares* (alias el tio *Azumbres*) honrado propietario y traficante de la villa de Yepes, ex-cuadrillero de la ex-santa hermandad de Toledo, arrendador de diezmos del partido, y persona notable por su buen humor, por el nombre de sus bodegas, y por los catorce pollinos que le servian para el acarreo. Este tal, montado en ellos, y en las nueve leguas que dista de Madrid, su villa natal, habia hecho el camino de la fortuna, con mejor resultado que Sebastian Elcano dando la vuelta al globo, ó que Miguel de Cervantes encaramado sobre los lomos del Pegaso; y era porque no habia tenido la necia arrogancia de echarse como aquel á descubrir mares incógnitos, ni como este á proclamar verdades añejas; sino que dejando á un lado la region de las ideas, se habia internado en la de los hechos, limitándose á establecer una sólida comunicacion entre sus tinajas y las ochocientas y diez y seis tabernas públicas que cuenta nuestra noble capital. Por lo demas, eso le daba á él de los tratados de los economistas célebres sobre las relaciones de los productos con el consumo, como de la guerra próxima del Sultan con el virey de Egipto; y así entendia la teoría de la sociedad de templanza de Nueva York, como el alfabeto de la China; sin que esto sea decir tampoco que en punto á alfabeto conociese siquiera el vulgar castellano, y con respecto á aritmética tuviese otra tabla pitagórica que los diez dedos que en ambas manos fue servido de darle el Señor. Esto no obstante, bastábale con ellos y su natural perspicacia, para arreglar sus cuentas con sus infinitos comensales, y era fama en el pueblo que todavía no habia ninguno conseguido eludir ni burlar su vigilancia.

La idea de un establecimiento en Madrid á cuyo frente pensaba colocar á su yerno *Chupa-cuartillos*, recientemente enlazado con su hija única (alias la *Moscatela*), habia hallado acogida en el bien templado cerebro de nuestro Azumbres, y en silencioso recogimiento meditó largo rato sobre ella, la una mano en el pecho, la otra á la espalda, sostenido en un pié sobre el suelo, y el otro casi reposando encima de uno de los pellejos, símbolo de su gloria y prosperidad; hasta que por fin se decidió á acudir al remate del parador, seguro de que sus antiguas relaciones con el poseedor dimisionario, y mas que todo, la fama de su gran responsabilidad y gallardía, le daba de antemano por vencidas todas las dificultades que pudieran oponérsele.

Contraste singular y antítesis verdadera del ricachon de Azumbres, formaba el mísero *Farruco Bragado*, hijo natural de la parroquia de San Martin de Figueiras, provincia de Mondoñedo, reino de Galicia. Este infeliz ser casi humano, en cuyo rostro averiado del viento y ennegrecido del Sol no era fácil descubrir su fecha, hacia tres semanas que habia arribado á estas cercanías de Madrid, á bordo de sus zuecos de madera, y en compañía de una columna de compañeros de armas, que con sus grandes hoces, y el saco al hombro suspendido de un respetable palo, venian desde 100 leguas al son de la *muñeira* á brindar su indispensable ministerio agostizo, á todos los señores terratenientes y arrendatarios de nuestra comarca; escepto, empero, el término del lugar de Meco, á donde ningun gallego honrado segaría una espiga, siquiera le diesen por ello mas oro que arrastra el Sil en sus celebradas arenas.

Mas la señora fortuna, que á las veces tiene toda la maliciosa intencion de una dama caprichosa y coqueta, quiso probar la envidiable tranquilidad de nuestro segador, y permitió que guiado de aquel instinto con que el gato busca la cocina, el raton el granero, el mosquito la cuba, y el hombre la tesorería, reparase nuestro Farruco en una puerta de cierta tienda de la calle de Hortaleza, á cuya parte esterior alumbraban dos reberveros, con sendas letras, que aunque para él eran griegas, bien pronto fueron cristianas oyendo pregonar á un ciego, que sentado en el umbral de la dicha puerta, esclamaba de vez en cuando: —«*La fortuna vendo; esta noche se cierra el juego; el terno tengo en la mano; á real la cédula.*»—Farruco á la vista de la fortuna (porque la vió, no hay que dudarlo, la vió, fantástica, aérea y calva por detras, como la pintaban los poetas clásicos), hizo alto repentino como acometido de súbita aparicion. Miró al ciego chillador; miró á la puerta; escudriñó el interior de aquella mansion de la deidad; vió relucir el oro sobre su altar; clavó los ojos en el suelo; y sin ser dueño á contenerse, metió dos largas uñas en el bolsillo, y con heróica resolucion y no meditado movimiento, sacó uno á uno hasta ocho cuartos y medio que dentro de él habia, entre diversas migajas de pan y puntas de cigarro, y los puso sobre el mostrador á cambio de una cédula incorpórea, fugaz, transparente, al través de la cual vió con los ojos de la fé un tesoro de veinte pesos.

Pero no fué esto lo mejor, sino que Farruco habia visto bien, y al cabo de los pocos dias llegó un lunes, ¡dichoso lunes! en que la fortuna acudió á la cita; quiero decir, que los números del billete respondieron exactamente á los que proclamaban los agudos chillidos de los pilluelos de Madrid. Conque mi honrado segador, por aquella atrevida operacion, se vió como quien nada dice, al frente de un capital de cuatro cientos reales; desde cuyo punto empezó para él una existencia nueva, que sino mas feliz, era por lo menos mas interesante y animada.

Altos y gigantescos proyectos eran los que habian despertado en la imaginacion del buen Farruco aquellos veinte pesos, inverosímil tesoro, superior á sus mas dorados ensueños. Con ellos y por ellos creíase ya señor de la mas alta fortuna, y ni los elevados palacios, ni las brillantes carrozas, parecíanle ya reñidas perpétuamente con su persona.

Bien, sin embargo, echó de ver que le era forzoso buscar con el auxilio de su ingenio, útil empleo y provechosa colocacion á aquella suma; y aqui de los desvelos y cavilaciones del pobre segador que estuvieron á pique de dar con él en los orates de Toledo. Trabajo ordinario, y pension obligada de las riquezas, el venir acompañadas de los graves cuidados que alteran la salud y quitan el sueño.

Parecióle primero, como la cosa mas natural, el regresar á su pais natal, donde compraria algunas tierras, prados, y bacorriños; item mas, una moza garrida, que sirvió tres años de doncella al cura de la parroquia, y que era la que le sujetaba el ánima y hacia darle brincos el corazon. Pero el miedo natural del largo camino y peligros consiguientes le detenian en su resolucion. Hubo, pues, de tratar de asegurar su capital por estos contornos, y como nada le parecia demasiado para aquel tesoro, todo se le volvia informarse con reserva de si estaban de venta la Casa del Campo ó los bosques del Pardo; otras veces hallábase inclinado al comercio, y queria tomar por su cuenta el Peso Real, ó el nuevo mercado de San Felipe. En vano su amigo y compatricio Toribio Mogrovéjo, alumno de Diana en la fuente de Puerta Cerrada, hacíale ver las ventajas del oficio, la solidez y seguridad de sus rendimientos, el líquido producto de la cuba, y el sólido de la esportilla ó del carteo; y ofrecíale asegurarle media *plaza* (1) y salir su *responsable* para el pago de la *cobeta*. Farruco sonreia desdeñoso como compadeciendo la ignorancia en que suponia á Toribio de su nueva fortuna, y proseguia sus castillos en el aire, hasta que teniendo noticia del arriendo del parador de la Higuera, parecióle que nada le iria tan bien como emplear en esto sus monedas, y para ello acudió á la cita á la hora prefijada.

En pos de él se descolgó un valenciano ligero y frescachon, con sus zaragüelles y agujetas, manta al hombro izquierdo y pañuelo de colores en la cabeza. Llamábase *Vicente Rusafa*, y era natural de Algemesí, camino de Játiva. Inconstante por condicion, móvil por instinto, agitado y resuelto por necesidad, una mañanita de mayo por no se que quimeras, de que resultaron dos *cruces* mas en el camino de la Albufera, abandonó sus pintados arrozales por estos secos llanos de Castilla, dijo á Dios por un año al *Miquelete*, y se vino á colocar un puesto de horchata de chufas por bajo de la torre de Santa Cruz. Pero pasó el Estio, y pasaron con él la horchata de chufas, y las elecciones; y vino el Otoño, y con el vinieron los frios y los muñecos de pasta; y nuestro industrial, tuvo que acogerse á vender sandías por las calles, hasta que ya entrado el invierno se colocó en un portal, donde estableció su depósito de estera de pleita fina, que le produjo lo bastante para abrir en la prima-

(1) Nombre que dan los aguadores de Madrid al derecho que compran ó transmiten de unos en otros, de llenar sus cubas en ciertas fuentes, derecho que muchas veces hacen subir hasta diez, doce y mas onzas de oro.

vera comercio de loza de Alcora, y de pan de higos de Villena.

Detras de él, y por el mismo camino se adelantó un robusto mancebo, alto de seis pies, formas atléticas, facciones ásperas, gruesas y pronunciadas, voz estentórea y desapacible acento gritador. Su nombre, *Gaspar Forcalls*; su patria Cambrils; su acento provenzal; su profesion tragiuante carromatero. Llevaba alpargatas de cáñamo y medias de estambre azul, calzon abierto de pana verde, y tan corto por la delantera que á no ser por la faja que la sujetaba, corria peligro su enorme barriga de salir al Sol. La chaqueta era de la misma pana verdosa, y el gorro de tres cuartas que llevaba en la cabeza de punto doble de estambre colorado; ocupando ambas manos, una con un látigo que le servia de puntal, y la otra con una pipa de tierra con que fumaba negrillo, de la fábrica de Barcelona.

Este tal, mayoral en su tiempo de la diligencia de Reus á Tarragona, ordinario periódico despues de aquella capital á Madrid, habia calculado lo bien que á sus intereses estaria el establecer en esta un depósito de mensagerias con que poder abarcar gran parte del comercio de Madrid con el Principado; y aparapetado con buenos presupuestos, y con no escasa dosis de inteligencia y suspicacia, se presentaba al concurso á la hora prefijada

Del género trashumante tambien, y ocupado igualmente en el transporte interior, aunque por los caminos de herradura, el honrado *Alfonso Barrientos*, natural de Murias de Rechivaldo en la Maragateria, se presentó tambien con sus anchas bragas del siglo XV, su sombrero cónico de ala tendida, su coleto de cuero, y su fardo bajo el brazo. Hábil conocedor de las necesidades mercantiles de Madrid, relacionado con sus casas de comercio principales, que no tenian reparo en fiar á su honradez la conducta de sus caudales, gefe de una escuadra de parientes amigos y convecinos, que desde los puntos de la costa cantábrica sostenian hace veinte años la comunicacion regular con la capital, hallábase el buen Alfonso en la absoluta necesidad de establecer en esta una factoría principal donde expender sus lienzos viveros, jamones de Candelas, y truchas del Barco de Avila, amen de las espediciones de caudales de la hacienda pública y particulares, víveres de los ejércitos y provisiones de las plazas; y estaba seguro de que con su presencia y antigua fama no podia largo tiempo disputarle la preferencia ningun competidor.

Alegre, vivaracho y correton, guarnecido de realitos el chupetin, con mas colores que un prisma, y mas borlas que un pabellon, *Currillo el de Utrera*, mozo despierto y aventajado de ingenio, rico de ardides y de esperanzas, aunque de bolsa pobre y escasa de realidades, se asomó como jugando al lugar del concurso, con la esperanza de que acaso le fuera adjudicada la posada,

bajo la palabra de fianza de un sobrino del compadre de

mujer del cuñado de su mayoral; y todo con el objeto de dejar su vida nómada y aventurera, porque se hallaba prendado de amores por una mozuela de estos contornos que encontró un dia vendiendo rábanos en la calle del Peñon, con un *aquel*, que desde el mismo instante se le quedó atravesada en el alma su caricatura, y no acertó á volver á encontrar otro camino que el del Peñon.

La nobilísima Cantabria cuna y rincon de las álcurnias góticas, de la gravedad y de la honradez, contribuyó tambien á aquel concurso con uno de esos esquinazos móviles, á cuyos anchos y ferreos lomos no seria imposible el transportar á Madrid la campana toledana, ó el cimborrio del Escorial. Desconfiado sin embargo de sus posibles, mas como espectador que como actor, se colocó en la puja con ánimo tranquilo y angustiado semblante, como quien estaba diciendo en su interior—¡*Ah Virgen! Si no costára mas de dos riales, en tamen votaba una empujadura!*

«A los ricos melocotones de Aragon; de Aragon de Aragon»—venian gritando por la calle abajo *Francho el Moro* y *Lorenzo Moncayo* vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriales de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imágen fiel de la fruta que pregonaba, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea, y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban

confianza á los compradores y brindaban de antemano al paladar la seguridad de los goces mas deliciosos. Colocados muchos años á la puerta de la posada de la Encomienda, calle de Alcalá, ó caminando á duo por las calles con su banasta á medias agarrada por las asas, habian logrado establecer tan solidamente su reputacion, que estaban ya en el caso de aspirar á mayor solidez, teniendo en esta un depósito central donde poder recibir sus variadas cosechas y hacer su periódica exposicion.

Sino dulces y regalados frutos naturales, por lo menos picantes y sabrosos artificios era lo que ofrecer podia en el nuevo establecimiento el amable *Juan Farinato*, vecino del lugar de Candelario en Estremadura, célebre villa por los esquisitos chorizos que desde la invencion de la olla castellana han vinculado á su nombre una reputacion colosal. Farinato, descendiente por línea recta del inventor de la salchicha, y vástago aprovechado de una larga série de notabilidades de la tripa y del embudo, habia traido por primera vez á Madrid á su hijo y sucesor, verdadera litografía de su padre en facciones, trage y apostura, y despues de introducirle con el sin número de amas de casa, despenseros y fondistas, de cuyos mas picantes placeres estaba encargado, pensó en fijar en esta su establecimiento, dejando al jóven Farinatillo el cuidado de ir y volver á Candelario por las remesas sucesivas.

Por último para que nada faltase á aquel general, é improvisado cónclave provincial, no habian sonado las diez todavía, cuando espoleando su rucio, compungida la faz, la nariz al viento, y las piernas encogidas por el cansancio, llegó á entrar por la posada adelante el buen *Juan Cochura*, el castellano viejo, aquel mozo cuitado y acontecido, de cuyas desgraciadas andanzas en su primer viage á la córte tienen ya conocimiento nuestros lecto-

res (1). Conque se completó aquel animado cuadro, y pudo empezarse la solemne operacion del *traspaso*; pero antes que pasemos á describirla, bueno será pasear la vista un rato por el lugar de la escena, si es que lo desabrido de la narracion no ha conciliado el sueño de nuestros benévolos lectores.

(*Se concluirá.*)

EL CURIOSO PARLANTE.

BIOGRAFIA.

JUANELO TURRIANO,

Y EL FAMOSO ARTIFICIO DE TOLEDO.

(*Conclusion. Véase el número anterior.*)

Existen ademas en la Biblioteca Nacional los manuscritos de una obra de arquitectura hidráulica compuesta por el mismo Juanelo, dividida en 21 libros, sobre la cual pensando imprimirla en 1777 el bibliotecario Don Juan Santander, dió su informe y parecer D. Benito Bails, donde desenvolvió todo el trabajo y dió á conocer la utilidad y buena doctrina que contenia, lo que es lástima no haya visto la luz pública, para que viesen los extranjeros los adelantos en España de las ciencias exactas antes del siglo XVI.

A pesar de sus servicios, murió pobre Juanelo, y el rey Felipe III señaló en 1603 2 rs. diarios á María Turriano, su nieta, habiendo tenido 4 tambien diarios, su madre Bárbara Medea, hija de aquel artista.

No tuvieron mejor suerte sus dos famosas máquinas ó ingenios, pues el primero estaba ya muy mal tratado á poco de morir Juanelo, y el segundo, que dejó ya plan-

(1) Véase el *Semanario* del 19 de agosto de 1838.

teado aquel, estaba corriente en 1593, en cuyo año le cuidaba un nieto de Turriano llamado tambien Juanelo como su abuelo, por lo que disfrutaba 100 ducados anuales, hasta el 1597 que falleció, y á poco una avenida del Tajo destrozó ambos ingenios, y en vista de esto nombró el rey en 1598 á Juan Fernandez del Castillo para que entendiese en la reparacion del artificio, y en 1605 para que de las reliquias de los ingenios viejos construyese el dicho uno nuevo, que se ofreció á llevar á cabo; pero habiendo fallecido, á pesar de que se nombraron para suceder en ese encargo, á Juan del Castillo, en 1626, y Luis Maestre, en 1639 por falta de medios no se llevó á su ejecucion el proyecto, y á esta época se debe referir la estincion total del ponderado artificio de Juanelo, que fue arruinado enteramente, no quedando ya por señales sino trozos de paredes y varias andanas de arcos unos sobre otros, á poca distancia del puente de Alcántara.

Esta destruccion fue forzosa, mediante el abandono que pasado algun tiempo debia sufrir una máquina tan complicada y costosa de mantener, no teniendo una gruesa dotacion para su sostenimiento, mas dispendiosa quizá que el gasto actual de subir el agua á cargas para llenar los algibes de Toledo; de lo que resulta que la invencion de Juanelo sirvió mas para ostentacion y prueba de sus grandes conocimientos, que para provecho de la ciudad, sin que esto se oponga á las justas alabanzas que el agudo ingenio de Turriano mereció del doctísimo Ambrosio Morales, su amigo, contenidas en una inscripcion y epígrama que le compuso, para que se pusiese en el artificio en prueba de su amistad y del gran concepto que habia formado de aquella obra.

No se sabe como se llamaba la mujer de Juanelo, ni la época de su casamiento; solo consta que á su fallecimiento dejó por hija y única heredera á Bárbara Medea Turriano, con quien trató el gobierno de transigir el derecho que como sucesora tenia al segundo ingenio que su padre habia dejado ya puesto en planta. Ademas de esta tuvo Juanelo otros varios hijos, de los que Llaguno no tuvo noticia, y estos fueron: Enrique, capitan de caballos; Eduardo, catedrático de prima de la universidad de Salamanca; otro, religioso en el convento de San Pedro Martir de Toledo, y ademas otras dos hijas llamadas Isabel y Margarita, monjas en el convento de Jesus María de la misma ciudad. La enunciada Bárbara, que fue la mayor, vivia aun septuagenaria y pobre en 1601. Dejó 3 hijos, el primero se llamó Juanelo como su abuelo, y en 1593 cuidaba de la conservacion del segundo ingenio; otro llamado Gabriel, que sirvió en las campañas de Flandes y murió luego en Sicilia de un mosquetazo en 1616, y la tercera María Turriano, que en 1603 estaba en suma pobreza y hubo de fallecer por este tiempo. Asi acabó la familia del gran matemático y artista mas ingenioso de su tiempo.

Segun refieren personas que le conocieron, era Juanelo bastante alto, abultado de cuerpo y moreno, gesto feroz, y desagradable locucion. Jamás habló bien el español, y la total falta de dientes en la vejez le era impedimento para el italiano, su lengua favorita. Gastaba poca conversacion y mucho estudio. Por sus buenas prendas y saber, fue muy honrado del rey Felipe II, justo apreciador de las artes, quien le regaló y gratificó, imitando en esto, lo mismo que con Juanelo habia practicado su padre el emperador D. Carlos, desde que llegó á su noticia el mérito de un hombre tan singular, y conoció por esperiencia hasta donde llegaba la profundidad de su cálculo, y casi maravilloso saber.

N. Magan.

ESTABLECIMIENTOS ÚTILES.

ASOCIACIONES

PARA CASOS DE ENFERMEDAD.

El atender á la humanidad doliente no dejándola en abandono, y procurar por todos los medios su cuidado y asistencia, reclama el conato y celo del Gobierno; pero por desgracia los adoptados hasta el dia no han correspondido eficazmente á procurar este bien, y á conseguir todo lo que debia esperarse.

El establecimiento de grandes hospitales, la fundacion de hermandades de muchas clases para socorrer al enfermo necesitado, asociaciones diversas para asistirlos, donativos cuantiosos afectos á este piadoso objeto, nada ha sido suficiente para atajar los males consiguientes, bajo el sistema y modo con que fueron creados. El celo de los unos y la generosidad de los otros no han reportado las utilidades y ventajas que se propusieran.

Estas corporaciones filantrópicas, cuando no tienen mas estímulo los que las dirigen y constituyen que el bien de la humanidad, caminan en decadencia á medida que se aleja la época del celoso fundador, pues para su conservacion se necesita un genio particular y constante. Recórranse estos establecimientos y se verá, que la mayor parte de ellos vienen á ser despues de algun tiempo, el monopolio de un dependiente hábil, y los miembros subalternos instrumentos ciegos para dar la autorizacion á las cuentas exageradas de aquel.

El número grande de enfermos que suelen reunirse complica tambien, y por una parte impide su mejor asistencia y aseo, y por otra da lugar á mayores dilapidaciones.

Esto hace mirar con cierta prevencion á estos establecimientos, y que las personas que tienen necesidad de su auxilio rehuyan el ampararse de él, y solo en un caso estremo acuden á este refugio.

Si los diversos gremios y oficios consultasen su verdadero interés, encontrarían remedio para evitar este trance, y lograrian ser mejor asistidos en sus dolencias.

Los fabricantes, maestros, y demas personas que emplean algun número de obreros, no han reflexionado hasta qué punto están interesados en la conservacion de la salud de sus dependientes. Estos infelices, deseosos de no perder su jornal, se resisten cuanto pueden por no retirarse del trabajo, y solo lo hacen cuando la gravedad del mal les obliga. Indisposiciones que atendidas á tiempo, serian de poca consideracion y de poco momento, vienen á hacerse graves cuando se descuidan.

El fabricante pierde mas tiempo con los beneficios que le deja el obrero, y este ve consumir sus cortos ahorros en la enfermedad, y lo que es mas comun, tener que empeñarse para atender á su cura.

La falta de medios trae consigo un facultativo poco inteligente y cuidadoso, el retraso en la convalecencia por malos alimentos y peores medicinas, si no precipita aquella para ganar el sustento de su familia, poniéndose al trabajo sin estar restablecido, y esto suele causar una recaida de peores consecuencias que la enfermedad.

En igual caso los mismos daños sufren las demas clases de artesanos, jornaleros, y gentes poco acomodadas.

Esto ocasiona al fin, mayor número en los hospitales, mas gasto en estos, mayor pérdida de trabajo en perjuicio de la riqueza pública, mas familias arruinadas aumentándose la mendicidad, y por último, mas mor-

tandad á causa del poco cuidado y medios para restablecerse.

Lo que conviene, lo que importa á los intereses comunes es constituirse de un modo, que el móvil hácia el bien de los enfermos se halle siempre en la misma actividad que le impela el propio, y no solo un celo filantrópico que se enfria y rebaja con el tiempo como queda dicho.

Las asociaciones entre los obreros, artesanos, etc. para socorrerse mútuamente en estas desgracias, pueden tener un efecto mucho mas eficaz y duradero.

Reúnanse, pues, los obreros de una fábrica, fijen entre sí la cantidad semanal que deben de separar para médico, botica, asistencia y demas atenciones que necesite el enfermo.

Fórmese un ajuste alzado con el médico y boticario, procuren tener una ó mas personas que se encarguen de los socorros que deban darse, y se verá, que con método y buen orden, los enfermos tendrán buenos facultativos que los cuiden, medicinas como conviene, una asistencia mas asidua y esmerada estando en el seno de su familia, y si no la tienen, por personas que lo hagan por oficio.

Sus familias, compañeros, amigos, todos los sócios en fin, están interesados en su pronto restablecimiento, todos son fiscales para observar si los asisten como es debido. Este celo y esta vigilancia es siempre la misma, como desde el dia en que se formó la asociacion.

El propietario de la fábrica está igualmente interesado, y por tanto debe contribuir por su parte con una cantidad determinada. La fábrica es la madre de los obreros, estos cuidan de su conservacion y mejora, ella debe procurar por su vida: ambos están interesados igualmente en cooperar á su existencia.

Ya queda indicado el medio aplicable para los operarios de fábricas. El mismo pueden adoptar los talleres particulares, ya reuniéndose en masa, ya por clases de oficios.

Siguiendo el mismo orden los jornaleros y demas clases pobres, bien pronto se convencerian de esta ventaja y la procurarian ya entre sí, ó ya asociándose á los otros para disfrutarla.

Estas asociaciones darian á los médicos y boticarios una asignacion segura y conocida, y los enfermos de la sociedad al conseguir su restablecimiento, no tendrian la pena de ver tanta miseria en la familia, ni menoscabados sus muebles y herramientas.

Generalizado este espíritu de asociacion para socorrer en los domicilios á los que tuviesen familia, y en hospitales particulares á los que no la tuviesen; los hospitales públicos se verian muy descargados, y los enfermos que acudiesen á ellos podian estar mejor cuidados.

Un sin número de reflexiones podian añadirse para probar esta importante medida, que produciria felices resultados en la parte física, moral y política. Todos deben conocerlo, y todos los que estén en proporcion de promoverla, es de esperar se ocuparán en realizarla.

No esperen los fabricantes y demas interesados que las autoridades lo promuevan, ni estas esperen tampoco á que aquellos empiecen: unos y otros están obligados á procurarlo, los unos por sus intereses, los otros por deber de su destino.

Los ricos propietarios, el comercio, la sociedad entera debe ayudar por unanimidad, por interés comun; pues que á medida que se cierran las puertas á la miseria particular, se abren las de la riqueza pública.

El Marqués V. de Pontejos.

VIAGES.

LOS BAÑOS DE BAGNÉRES.

Siendo *Bagnéres* un sitio tan visitado por los españoles, ya por puro recreo, ya por razon de sus baños medicinales, é inmediacion á nuestra frontera, creemos que no deje de interesar á gran parte de nuestros lectores la siguiente descripcion.

Bagnéres termina los llanos del Baigorri por el lado del mediodia, y es como su joya mas preciosa. Durante una estacion del año viene á ser la gran ciudad de Francia; llena entonces de carruages, de hermosos caballos, de escarapelas y libreas de todos colores, es el punto de cita del mundo elegante y aristocrático: tiene un teatro, su *Frascati*, donde se baila y sobre todo donde se juega: un establecimiento de baños que se parece á un palacio de mármol, y su antiguo *Salut*, manantial benéfico, al que debe su riqueza y nombradía. Tiene tambien Bagnéres un ramo importante de industria en sus tegidos y labores de punto; y durante el invierno es cuando las mujeres, armadas de sus agujas de boj ó de ébano, inventan puntos y adornos para las donosas mallas, tan ligeras y variadas que se ven en sus delantales, guardapies, chales, vestidos, etc.

Los habitantes de Bagnéres, que desaparecen y se ocultan en los altos pisos de sus casas mientras la estacion de los baños, se resarcen bailando en todo el invierno, y en este tiempo es tambien cuando renuevan sus habitaciones, y levantan otras con un lujo que no se exigía de ellos en otro tiempo, pues que la mayor parte de los forasteros concurren á aquel sitio solo por divertirse, tomándose la salud por pretesto, y siendo el verdadero blanco el recreo. Se pasa el dia en correrías á caballo por los contornos, en el tocador y las visitas, y la noche en los bailes y conciertos. Bagnéres es al mismo tiempo la ciudad del misterio, el asilo del amor tímido que se oculta, el sitio complaciente en que se enlazan y desenlazan aventuras muy sazonadas.

(*Se concluirá.*)

RECTIFICACION.

En el número anterior, artículo de las ruinas de Itálica, despues del primer periódo falta un párrafo que creemos no deber suprimir por redundar en justo elogio de un español celoso por la gloria de su patria. Decia asi.

Este, pues, (D. Ibo de la Cortina) propuso á fines del año pasado descubrir estas ruinas, práticó por sí varias excavaciones cuyos brillantes resultados produjeron una Real orden encargándole de ellas con una brigada de presidiarios. Sus trabajos han merecido no solo la aprobacion de sus gefes; sino tambien el encomio de los periódicos nacionales y extranjeros. La academia de Bellas Letras de Sevilla le aclamó su socio de mérito, relevándole de pruebas, y el Instituto Romano ha hecho el mas honorífico elogio de los conocimientos desplegados por el mismo en estas excavaciones, de que nadie se acordaba ya, y le ha escrito una muy atenta carta en que le pide noticia de sus adelantos.

ERRATAS.

En el mismo número anterior, en la composicion poética inserta en él, en el verso 40 de la segunda columna donde dice enojos; léase *hinojos*. Y en el verso 61 de la misma, donde dice no tienes sentencias, léase *ni temes sentencias*.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.